

nueva Universidad, y los programas, se darán a conocer posteriormente. Dijo también que la construcción de Centros y Escuelas similares en diversos rumbos de la Ciudad de México y del país, llevará a la descentralización de la UNAM en forma paulatina.

Nuevo «campus» en Culiacán

Mientras tanto se ha comenzado la construcción de una Ciudad Universitaria en Culiacán, y se inicia con ello una nueva etapa en la vida cultural de ese Estado. El nuevo *campus* tendrá un costo de noventa millones de pesos y constará de 10 unidades departamentales, edificio central para Rectoría, auditorio y gimnasio, dos estadios, campos deportivos, biblioteca central. Se piensa terminarlo para mayo de 1973, fecha en que la Universidad Autónoma de Sinaloa cumple cien años de establecida.

A la colocación de la primera piedra, acudieron en Culiacán, el Gobernador del Estado de Sinaloa, Lic. Alfredo Valdés Montoya, el Presidente Municipal de la Ciudad Mario Ramos Rojo, el Rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa, Lic. Gonzalo Armienta Calderón. El Gobernador del Estado, dijo que “la creación de la Ciudad Universitaria no significa únicamente el establecimiento de nuevas y modernas instalaciones, sino que debe llevar fundamentalmente a crear estudiantes y maestros con una nueva conciencia de unidad, de solidaridad con todos los estratos sociales y económicos que integran el pueblo sinaloense”.

Estos dos hechos, y otros más que no citamos, nos llevan a ver la gran preocupación que existe en México por la educación y la preparación de maestros que en un futuro ayudarán activamente al país.

JOSÉ FÉLIX BELTRÁN

Escritos sobre el sacerdocio¹

La nueva publicación del Prof. del Portillo ha suscitado gran interés, no sólo porque el autor fue precisamente Secretario de la Comisión del Concilio Vaticano II que elaboró el decreto sobre el ministerio y la vida sacerdotal, sino porque el sacerdocio ministerial ha sido uno de los dos temas fijados por el Papa para ser tratados en la Asamblea general del Sínodo de los obispos, que se reunirá en Roma el 30 de septiembre de 1971. Por eso la división de los diferentes capítulos del libro es ya una evidente indicación sobre el interés y la actualidad de los problemas que han sido objeto de estudio: “Formación humana del sacerdote”, “La figura del sacerdote delineada en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*”, “Consagración y misión del sacerdote”, “El celibato sacerdotal”, “Jesucristo en el sacerdote”, “Espiritualidad del sacerdocio”, “La vida del sacerdote, vida *dialogada* al mismo tiempo con Dios y con los hombres”.

Uno de los temas que más se agitan hoy en una publicística no siempre seria y serena, y que más preocupan a veces la misma conciencia de los fieles —como recuerda José Miguel Pero-Sanz en la presentación hecha al libro— es el tema de la vida y del ministerio de los sacerdotes. Este interés —en sí mismo sano— corre sin embargo el riesgo de ser defraudado por un alud de afirmaciones inexactas que hablan continuamente e indiscriminadamente de una “crisis” del sacerdocio, con

1. *Escritos sobre el sacerdocio*, Ediciones Palabra, S. A., Madrid, 1970, 156 págs.

el peligro de convertirlo en tópico acríptico, y de impedir por tanto un conocimiento cabal y justo de la verdadera esencia del sacerdocio instituido por Jesucristo.

El sacerdocio jerárquico ²

La existencia de tantos miles de sacerdotes firmes y seguros en su vocación de particular servicio a Dios y a los hombres, manifiesta claramente que las preguntas sobre la necesidad y la esencia del sacerdocio jerárquico no revisten un carácter angustiosamente dramático; pero esto no resta interés a la conveniencia de una mayor profundización teológica en la naturaleza del sacerdocio ministerial y en su distinción del sacerdocio común que todos los fieles reciben con el bautismo. Son estos unos temas —especialmente el de la ontología del sacerdocio jerárquico— que han sido estudiados de manera progresiva a lo largo de los veinte siglos de la historia de la Iglesia, y esos avances doctrinales no pueden olvidarse, porque eso sería condenar la Teología del sacerdocio a un continuo volver a empezar. Es preciso seguir ahondando, sí, pero al mismo tiempo, es necesario mantener las cotas doctrinales útiles, las certezas ya alcanzadas, que son además vida, y vida ejemplar en la misma entraña carismática del Pueblo de Dios.

Este carácter tiene el libro de Alvaro del Portillo: una penetración en el misterio del sacerdocio del Nuevo Testamento que, desde unas bases incommovibles, responde a no pocas preguntas existenciales, prácticas, sobre la vida y el ministerio del sacerdote.

Lo incuestionable

Hoy algunos ponen en tela de juicio instituciones, conceptos y elementos de la vida sacerdotal y eclesiástica.

2. Los subtítulos son de la Redacción.

tica, tenidas hasta ahora como incuestionables. En el terreno personal de los clérigos se habla de crisis teóricas respecto a la misma razón de ser del sacerdocio jerárquico, a sus formas de expresión, a la disciplina del celibato, etc. Hay quienes consideran insuficiente el trabajo ministerial y buscan otras soluciones para "integrar" al sacerdote en el mundo. Extienden las dudas a la misma necesidad de anunciar el mensaje sobrenatural cristiano y de asegurar la vida sacramental de los fieles, proponiendo en cambio como solución más radical, o al menos como tarea primordial del "profetismo" del discípulo de Cristo, la acción directa del sacerdote en las esferas socio-políticas del orden temporal. En última instancia, estas dudas, vacilaciones e inseguridades aparecen en algunos presbíteros cuando piensan que su vida no corresponde auténticamente a la naturaleza misma de la vocación a la que han sido llamados, sino que ha venido dependiendo de planteamientos formales inadecuados, de inscrustaciones históricas ajenas a la esencia y finalidad del sacerdocio cristiano.

Contribuye a este estado de crisis el descubrimiento de que la tarea del servicio pastoral se había convertido a veces en posiciones o actitudes de "dominio", porque las necesarias tareas de impulsión apostólica en la Iglesia se consideraban realizables exclusivamente por sacerdotes; o porque la autoridad eclesiástica extendía indebidamente su competencia, y aun su acción, a materias ajenas al servicio espiritual propio del ministerio jerárquico. Los simples fieles eran vistos preferentemente como delegados de los clérigos y las relaciones sacerdotes-laicos se convierte o se convertían en mando paternalista (en vez de *paternidad espiritual*), actitud que llevaba o lleva a conceder como "favor" lo que en realidad se debe por justicia. La toma de conciencia, sin embargo, de estas anomalías del sacerdocio ministerial tiene el peligro de provocar una reacción igualmente patológica y no menos "clerical": la temporalización o mundanización de sacerdotes que se vuelcan hacia lo temporal, con una inconfesada envidia por el laico y con pretendidos motivos pastorales y apostólicos de "inserción" en la sociedad que no resisten evidente-

mente a un análisis sereno. Así es como aparecen en tareas civiles clérigos sin una auténtica vocación profesional y civil, sin respetar como conviene la naturaleza profana del mundo y sin respetar las exigencias que derivan no ya de la disciplina externa, sino de la misma esencia del sacerdocio ministerial.

Conciencia de crisis

Otra fuente de posible crisis es la comprobación, que experimentan no pocos sacerdotes seculares, de que el género de vida que se les ha presentado en su formación era, en ciertos aspectos, el propio de los religiosos: el espíritu de "apartamiento del siglo", que puede acabar ignorando o aun despreciando al mundo, lo que efectivamente desambienta al sacerdote diocesano, contribuyendo a que tenga una cierta sensación de inferioridad frente al apostolado del laico cristiano. De la misma manera el celibato, aun teniendo clarísimas e íntimas conexiones con el ministerio y la vida sacerdotal, se ha tendido ordinariamente a presentarlo a los sacerdotes seculares dentro del contexto teológico de "los tres" consejos evangélicos: muy aptos para perfilar el carisma propio de la vida religiosa, pero que en modo alguno explican suficientemente ni específicamente las múltiples razones de conveniencia en favor de la unidad entre el don divino del celibato apostólico y el don también divino del sacerdocio ministerial.

La solución a estos y otros problemas conexos hay pues que buscarla en la perfecta inteligencia de ese núcleo de verdades que integran la esencia del sacerdocio ministerial o jerárquico, sabiendo al mismo tiempo valorar los frutos con los que el Espíritu Santo ha querido enriquecer la existencia sacerdotal en sus diversas concreciones históricas. Precisamente en esa línea de equilibrio se centran los diversos trabajos que se recogen en este nuevo libro del Prof. del Portillo. Sus ideas se arraigan y se desarrollan en torno a un principio fundamental, que aflora una y otra vez y que aparece imprescindible para poder comprender rectamente la figura del sacerdote de la Nueva Alianza. Se trata de la

coherencia y complementariedad que deben darse entre el carácter de especial consagración personal y la destinación a una misión, como coordinadas definitivas del sacerdocio ministerial. En sus comentarios históricos sobre el Concilio Vaticano II, muestra claramente el autor cómo los Padres conciliares evitaron dar autonomía a ninguno de esos dos factores. Y a partir de este principio es como se trazan las líneas maestras, tanto de la "esencia" como de la "existencia" sacerdotales.

La esencia del sacerdocio ministerial viene dada por el sacramento del orden que habilita al cristiano para actuar con una misión realizada *in nomine et in persona* de Cristo-Cabeza de su Iglesia, y lo distingue del sacerdocio común de los fieles, configurando así un ministerio particular, de carácter jerárquico, dentro de la general responsabilidad apostólica de todos los bautizados.

Existencia sacerdotal

Por su parte, la existencia sacerdotal queda delineada a partir de la correlación entre los dos componentes ontológicos —consagración y misión— del único ministerio. La consagración, al proporcionar la coordenada vertical del sacerdocio, indica la perspectiva "descendente" del sacerdocio jerárquico, como don gratuito de Cristo a su pueblo. La tarea "ministerial" da la coordenada horizontal, que apunta a la inserción del oficio pastoral entre los hombres. La existencia sacerdotal se configura así como una relación de permanente servicio a Dios y a los hombres: de filial cumplimiento de la voluntad de Cristo, Pastor de su Pueblo, y de amorosa dedicación al bien supremo de las almas.

Con esta doble perspectiva se supera la artificiosa dialéctica entre un sacerdocio meramente "cultural" y otro meramente "profético" porque ambos aspectos —el culto y la palabra, la adoración y el anuncio de la Buena Nueva— son manifestaciones complementarias de un único ministerio. "No se trata de contraponer —como algunos comentan con ligereza— dos concepciones diversas y divergentes del sacerdocio (la ritual y la misional,

la del Concilio de Trento y la del Concilio Vaticano II), se trata de exponer dos aspectos, dos momentos, incluso dos exigencias de un mismo culto sacerdotal. Y es muy lógico que sea así, ya que no sería posible celebrar con el Pueblo de Dios la Eucaristía —excelsa función sacerdotal— si antes ese Pueblo no se forma, no se reúne, no se congrega” (p. 62).

Con este libro, Alvaro del Portillo responde de nuevo —como ya lo hizo también en su obra “Fieles y laicos en la Iglesia”— al deseo de los fieles de que los documentos del Concilio Vaticano II sean extendidos “sobre la mesa” por los mismos hombres que participaron directamente en ese largo génesis y en la preparación trabajosa de estos textos conciliares. Pero, además, existe otro venero, otra fuente de inspiración, que refuerza la autoridad con que el autor trata estos problemas: es su condición de socio del Opus Dei, casi desde los principios de la Asociación, y su proximidad —como Secretario General de la Obra— a la persona y enseñanzas de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, el eco de cuyas enseñanzas se encuentra recogido a lo largo del libro incluso en bastantes y oportunas citas textuales.

PEDRO SANTIBÁÑEZ

Un libro bellamente inútil

Después de un largo período en que el tema era tabú, en los últimos cinco años existe en España una extensa proliferación de obras de todo tipo —ensayo, historia, ficción, poesía...— que tiene como tema central la nunca olvidada guerra civil española desde la perspectiva del campo de los vencidos. Cierto es que algunas de estas obras literarias vieron la luz en castellano fuera de España —este es el caso, por ejemplo, de las obras completas de Manuel Azaña, publicadas en México—. No

obstante, su difusión en nuestro país ha sido tan grande que prácticamente muchas de estas obras pueden considerarse como si hubieran sido editadas en Madrid o Barcelona.

A esta extensa bibliografía reciente y situándose en la línea de ciertos sectores ideológicos del país, llegó esta antología de textos recopilados por Carlos Rojas y bellamente editada por Ediciones Nauta: *Por qué perdimos la guerra*¹.

Es éste un libro del que me corre prisa decir enseguida dos cosas: que es muy interesante y al mismo tiempo escasamente útil. Es un libro bonito para tener en una biblioteca aproximadamente “in”, que pueda servir para presumir de beleidades progresistas en la corriente dorada de la llamada “gauche divine”. Pero desde una perspectiva histórica, este libro es una verdadera calamidad, un objeto perfectamente —y bellamente— inútil. Tal vez la conjunción de estos tres elementos —perfección, inutilidad y belleza— den la clave para explicar, a pesar de todo, el interés que esta obra puede llevar consigo.

Aunque evidentemente sea este un juicio muy particular y, por consiguiente, absolutamente rebatible, me atrevería a decir que *Por qué perdimos la guerra* es un libro “snob” para una biblioteca snob. (Y aquí, para salvar el tipo, es preciso añadir aquello de “salvo honrosas excepciones”. Muy bien: un libro snob para una biblioteca snob, salvo honrosas excepciones que están en la mente de todos).

Cuatro apartados

El fallo original de esta obra está en la selección de textos elegidos por Carlos Rojas. Estos textos aparecen agrupados en cuatro apartados, según sea la calificación “profesional” que el autor de cada texto merezca a C. Rojas: los políticos, los militares y hombres de

1. *Por que perdimos la guerra* (antología de textos seleccionados por CARLOS ROJAS), Ediciones Nauta, Barcelona, 1970, 441 págs.